

UN ABRAZO PROFUNDO Y ALGO IRREVERENTE A UN GRAN AMIGO

Luis Neira

Con Obaldía nos une una larga amistad cultivada desde la bonhomía, la vocación y la vecindad.

Desde muy joven ejerció un singular carisma que le proporcionó infinidad de amigos, o simplemente admiradores, con su singular manera de ser, su carácter afable y comprensible. Yo tendría unos 9 o 10 años, y él andaría por los 20 cuando lo veía pasar, en alpargatas, por la puerta de mi casa, allá en Treinta y Tres, con un amigo sosteniendo una conversación, que sin duda debía versar sobre algún tema trascendente, ya que estábamos en épocas de un mundo convulsionado por la Segunda Guerra Mundial.

Agudo observador y memorioso, es poseedor de una gran capacidad para la narrativa oral, capaz de ponerle suficiente picante y sal a un asunto cuasi banal, para transformarlo en una inolvidable pieza literaria, muchas de las que cristalizó en las *20 mentiras de verdad*, –cuya primera edición corrió por iniciativa de la Fundación Editorial de la Unión del Magisterio (diciembre de 1971), con ilustraciones de destacados grabadores como Leonilda González, Nelbia Romero y Juan Douat y prólogo de Julio C. da Rosa–. Posteriormente este libro fue reeditado por Ediciones de la Banda Oriental.

Fue en esa época que trabamos realmente amistad. Él cursando el posgrado de Magisterio, llamado entonces Segundo Grado, y yo cursando mis años de Magisterio. Antes de recibirme, una vez concluidas esas jornadas vespertinas o a falta de algún profesor, nos deleitábamos escuchando sus relatos, con un grupo de amigos en el bar de Colonia y Cuareim. Estudiábamos y trabajábamos y nos quedaba también algo de tiempo para militar en la Asociación de Estudiantes Magisteriales. Época también de un Uruguay que empezaba a ser tumultuoso, especialmente en el sector estudiantil.

La vecindad vino al poco tiempo, él en Av. Italia y Monzón (arriba del bar “El volcán”) y yo en Dalmiro Costa, a pocas cuadras de allí. Los sábados, después de los consabidos encuentros de compras en la feria de la calle Samuel Blixen, bebíamos en su casa algún

compuesto casero, y desgranábamos largas charlas donde surgieron algunos poemas, relatos y publicaciones.

Lo primero fue una breve colección de textos, un conjunto que llamamos *Versos y canciones en la escuela*, donde yo me dediqué a los más chicos y Obaldía a los mayorcitos. Pronto vendría otra inquietud, ante la ignorancia que manifestaban los libreros sobre la literatura uruguaya para niños, se nos ocurrió hacer una pequeña investigación sobre el tema, ya que para los comerciantes solo aparecía Horacio Quiroga y a veces Paco Espínola o Serafín J. García. Entonces surge la *Antología de la narrativa infantil uruguaya* (Ediciones de la Banda Oriental, 1977), muy poco antes que la ya establecida dictadura militar nos destituyera y prohibiera nuestros libros y toda actuación docente.

Este trabajo se inició con la memoria y el trabajo docente y las bibliotecas, propias y de los institutos escolares, como primer recurso, luego las charlas con escritores, amigos e investigadores como Arturo Sergio Visca y Julio C. da Rosa, entre otros.

En esa búsqueda encontramos más de 26 autores, cuyos textos transcribimos y cerca de una decena que por distintos motivos, solo pudimos consignar sus nombres.

La función literaria y didáctica que nos propusimos la consignamos en el final del prólogo de esa edición:

Nuestros niños integran su personalidad como lo hacen todos los niños del mundo. Pero en ello, debemos recordarlo, actúan los factores ambientales, aportando valores cognitivos, éticos y estéticos, creando intereses según los cuales aquella personalidad tenderá al enriquecimiento y la acción. Nuestros autores han vivido idénticas instancias que nuestros niños, sujetos a los mismos factores están, por ello, en condiciones de privilegio para crear una literatura que integre estos elementos estimulando el proceso a realizarse en el lector. Es aceptada además la sana necesidad de estimular la identificación del niño con su tierra, su país, América. Solamente quienes sienten propia nuestra historia, tradiciones, costumbres y paisaje, pueden incluirlos en una página con su validez total. Es preciso sensibilizar al niño y al joven ante los valores éticos y estéticos de su medio. Será plantearles la opción para que, a partir de los mismos, sea un gustador de sus

esencias o aun, un creador arraigado en la convicción de sus valores.

Y agregaron nuestros editores:

Esta *Antología de la narrativa infantil uruguaya*, cubre una necesidad desde hace mucho tiempo sentida en nuestro país: reunir en un solo volumen aquellos autores nuestros que, válidamente, han dedicado su producción o parte de ella a los niños.

También fue por esos tiempos que propusimos varios títulos para Ediciones de la Banda Oriental, pensando en los niños como *En el país de las aguas dulces* del maestro Aldo Faedo, en ese entonces Inspector Nacional de Escuelas de Práctica, quien fuera el alumno destacado de Jesualdo Sosa, en la escuela de Riachuelo (Colonia); y *El girasol de la mañana*, excelente poemario del profesor Julio Fernández de quien Gabriela Mistral dijera que su primer libro era una canción de cuna de tapa a tapa. Por su parte, unos años más tarde Obaldía ganó el Primer Premio del Cuento Infantil organizado por el diario *El Día* con *Lejos allá y ayer* (Acali, 1980).

Pero volvamos a los tiempos juveniles. Obaldía practicó atletismo, disciplina altamente cultivada en Treinta y Tres. Jugó al fútbol, en el Club San Lorenzo formando una fuerte pareja de zagueros, nada menos que con *el Carao* Peralta (*Flor de Guitarra*, como lo llamara Ruben Lena) y luego con el *Goyito* Mieres, padre de los dos diputados que hoy representan a Treinta y Tres en el Parlamento. De esa reciedumbre futbolística le viene sin duda el apodo que lo ha acompañado en toda su existencia, ya que ante una fuerte incidencia futbolística alguien dijo: “trancar con este es como chocar con un *tronco molle*”.

Las vicisitudes de la vida lo llevaron a transitar por diversos oficios, y emprendimientos culturales: fue estudiante avanzado de Medicina (compañero de Nicasio García, hijo del célebre autor de *Plan concéntrico de ortografía*), Clemente Estable (hijo) y del Dr. José Artigas, nombre que le deparara ciertos contratiempos de carácter jocoso con la policía. Fue boletero en el Hipódromo de Las Piedras, vendedor de libros, etc. para luego continuar como maestro, en cursos para niños y en cursos para adultos. Pero una de las actividades que posiblemente le deparó mayores conocimientos fue la de

ayudante de escribano, acompañando a su padre por los campos del departamento. Así conoció a múltiples personajes y excelentes narradores orales que pueblan su acervo narrativo, como Don Muniz, Hermenegildo Passano, el Negro Felipe, el incomparable, aunque pueblerino *Nico* (“me digo y no me desdigo, desde el cimiento al pretil, soy cuchara de albañil”).

El anecdotario de José María Obaldía en estos 90 años recién cumplidos resulta incommensurable, fue Presidente de la Academia Nacional de Letras, lo que le permitió establecer contacto con las distintas Academias de la lengua española en distintas regiones del mundo tomando contacto con príncipes y embajadores. De sus trabajos académicos surge *El habla del pago*, una elocuente investigación sobre las formas del habla uruguayo. Conocedor y amigo de los humildes, los títulos nunca empañaron esa faceta y siempre estuvo dispuesto a dar la mano a jóvenes creadores mediante consejos, prólogos, etc.

Es autor de numerosas canciones que interpretan distintos cultores del acervo popular y revelan en él a un fino y delicado poeta, aunque nunca se impuso ejercitar esa disciplina sistemáticamente, salvo en esporádicas ocasiones.

Dejamos para otros especialistas una biografía y bibliografía más completa, hasta aquí un pantallazo de una simple pero profunda y valiosa amistad.

De acuerdo a lo que hemos dicho, ha dado muestra de una extensa y profunda formación cultural, como ejemplo de ello transcribo solamente el poema de homenaje a Eduardo Fabini, ganador del concurso laudado por destacadas figuras literarias, hecho que en la intimidad también reviste cierta anécdota. Conviene recalcar que se trata de un soneto, composición considerada una de las más difíciles del género y que según la opinión del poeta cubano Nicolás Guillén, quien quiera considerarse verdaderamente poeta, tendría que haber compuesto por lo menos un soneto en su vida.

A Eduardo Fabini*

En sus mieles rezumba lechiguana,
el chingolo desgrana cristales de tristeza
que diluyen los ceibos en sangrante belleza,
encelando sabiaes para ungir la mañana.

La doliente tapera cerrazones devana
y en la laguna engarza la garza su realeza.
Augura rientes trojes la melga en su tibieza
y el pampero lamentos afila en la picana.

Vihuelas repentistas, que aromaron la reja
ahuyentando fantasmas de vieja pulpería,
te ofrendaron la saga de tu campo y su historia;

leudaron en tu arte la alegría y la queja
que alientan en tu tierra y hoy cantan, cada día,
un triste por tu ausencia y un hossana en tu gloria.

* Este poema obtuvo el primer premio en el concurso organizado en 1974 con motivo del centenario de la fundación de Solís de Mataojo. El tema era Eduardo Fabini, por ser este el lugar de nacimiento del famoso músico.